

HISTORIAS DE TAMMERLANE de Federico Tarántola

presenta...

CUÁLES SON LOS FACTORES QUE ACABAN CON LA VIDA DE UNA LOCA DE BARRIO?

PRIMER FACTOR

La Sra. Amelia Sésamo se despertó por la mañana del 18 de Agosto de 1994, y miró a su lado, para encontrarse con que su marido aún estaba en la cama.

En los cuarenta años de matrimonio, su hombre siempre se había levantado antes que ella, sobre todo después de convertirse en un jubilado inútil: cuando las agujas marcaban las seis, Emerindo se erguía en la cama como una estaca.

Pero ese día no.

La mujer tocó el hombro de su marido, el cual estaba boca arriba, con los ojos cerrados y los labios algo resecos.

Intuyó lo peor. Sobre todo, cuando observó la mano del hombre aferrándose levemente el pecho.

- Emerindo... Son las ocho. – dijo ella, tímidamente.

La peor respuesta fue que no hubo respuesta.

La anciana de 63 años insistió, sacudiéndolo levemente.

Pero nada: ni un gemido, ni un ronquido, siquiera el rutinario movimiento del tórax por la gracia del respirar.

Con algunas lágrimas a punto de caer de sus ojos, se acercó y apoyó la oreja en el pecho del hombre.

Cuando descubrió que no habían latidos, comenzó a llorar como lo haría un niño, abrazada al cuerpo, con toda la angustia de perder a la única persona que tenía en vida, la única persona a la que le había dedicado toda la vida.

Un rato después, dos enfermeros se encargaron de retirar el cuerpo con destino a la morgue de Tammerlane. Allí le harían una autopsia para revelar el por qué de su muerte.

- Emerindo sufría del corazón. Y no quería ir al médico. – les explicó la anciana, siguiendo a los hombres que retiraban a su esposo cubierto con una tela amarillenta.

La amargura devoró la sangre de la mujer: estaba sola, y no tenía con quien llevar adelante la tragedia. Era viejita, muy viejita, no tenía hijos y todos sus parientes ya habían muertos. Tan sólo conocía a algunos vecinos, pero nunca había sido muy social gracias a los eternos encierros en la casa haciendo las tareas del hogar.

Cuando la puerta se cerró, por primera vez realmente se sintió atacada por el fin de los sentidos, y se preguntó qué era lo que podía hacer.

El girar para enfrentarse a la casa vacía, a la soledad, le trajo mucho más dolor. Sabía que pasaría el resto de su vida allí encerrada, recordando el pasado, los momentos importantes...

SEGUNDO FACTOR

Días después, la Sra. Sésamo salió a la calle. Desde el entierro de su marido que no pisaba el exterior.

Unos pocos vecinos habían ofrecido una ayuda simbólica, pero jamás fue capaz de pedir nada. En conclusión, desabastecida, agotada por la mala alimentación y el llanto de días, fue que se apareció por el almacén de la vuelta de su casa, y se paró frente al mostrador.

Encargó medio kilo de queso. Comer queso la calmaba, y también le ofrecía muchas vitaminas. También pidió huevos, atún, pan, galletas de chocolate, yogures, e insecticida para las molestas hormigas que habían aparecido en el rincón del comedor.

Tenía planeado comer, sobrevivir y que Dios se la llevara en el momento que tuviera que ser. Mucho más no quedaba.

- Buenas, Amelia. – dijo la Señora Celia, parándose a su lado, con la bolsa de las compras en la mano.

- Ah, hola. Cómo le va? – respondió Sésamo con cordialidad y timidez.

- Cómo está después de la muerte de su marido? Hacía días que no se la ve por la calle.

- Y... tratando de llevarlo adelante...

- Ya sé. Ya sé lo que quiere decir. – interrumpió Celia, para dar paso a su historia. – Yo pasé por lo mismo hace tres meses: a mi marido lo pisó un camión... Acá a la vuelta!... Cómo sufrió el pobrecito! Chillaba como un cerdo cuando trataron de sacarlo de abajo! El pobre se quedó enganchado del chasis!... – mira detenidamente a su vecina – Emerindo tuvo suerte: no sufrió. Se fue en paz.– y cambia la mirada para retomar – Aunque lo suyo es peor! Por suerte, yo tengo a mi nieto Beto.

- ...

- Peor otras familias...! Se enteró que al hijo de la Susana lo pisó un coche volviendo de festejar su título de Abogado?

- No. No sabía... - ida.

- Bueno: ahí tiene! Ese chico tenía una vida por delante. Nosotros, los viejos, ya estamos preparados para lo que venga... total, ya las vivimos todas!

- No diga eso, que les queda muchos años por delante! – acotó Pepe, el almacenero, mientras trataba de poner todo el pedido en una sola bolsa – Si ustedes se mueren, quién me compra? Los de la nueva generación se van a los Supermercados y se olvidan de sus almaceneros de barrio!!

Desde que los Supermercados habían prosperado en todo Tammerlane, Pepe basaba toda su existencia más la del resto, a través de su negocio. De alguna forma percibía cómo lentamente aquellas reuniones de viejas chusmas en su negocio a medida que iban muriendo cada una de ellas: por su parte, los nuevos adultos ya estaban poseídos por la cultura del consumo, y para ello se satisfacían en los fríos y monstruosos mercados.

- Qué interesado que es usted! – dijo Celia, con una sonrisa pícaro. – No, Amelia? Qué me dice?... – codeó a la anciana con la mirada al vacío – Que nos haga un buen descuento, y nos va a tener vivas mucho más tiempo!

Cuando la Sra. Sésamo salió del local, Celia apoyó su bolsa de mercado en el suelo y salió para alcanzarla.

- Espere un momento! Tengo que comentarle algo.

Amelia se detuvo a escuchar.

- Tengo un pariente que regala una perrita. Tiene tres años, es chiquita, raza perro, y se porta bien.

- Pero yo no sirvo para cuidar perros. Nunca tuvimos uno en casa. A Emerindo no le gustaban. Decía que llenaban todo de olor a pis.

- Emerindo ya no está. Ahora necesita alguien que la acompañe. Y una perrita no es mucho trabajo: comen arroz con carne, huesos y las sobras de uno. Por lo que sé, este animalito es tranquilo, pero esta familia no lo pueden seguir teniendo porque se están separando.

Amelia lo pensó por un instante, y finalmente le dio la razón a Celia. La mascota sería un buen lugar donde depositar afecto, y una responsabilidad para despertarse día a día, por lo que quede de vida, por alguien que lo merezca.

- Me la podrán alcanzar a casa?

TERCER FACTOR

Terminó de barrer la vereda de su casa, y volviéndose sobre las impecables baldosas, regresó a su casa.

Guardó la escoba en el lavadero y se encaminó al comedor.

Tomó asiento en el sillón y descubrió que no tenía más nada que hacer. Las cenas de ella y su perra Heidi ya estaban preparadas, toda la casa estaba aseada, y todas cada cosa parecía estar en su respectivo lugar.

Menos la soledad.

- Te extraño tanto, Emerindo. – dijo en voz alta, suspirando.

Si bien ya habían pasado tres meses desde la muerte del hombre, la anciana seguía añorando el pasado de forma extrema.

El camino de los recuerdos era tan largo, debido a la cantidad de años, que muchas veces se le hacía difícil de recorrer. Encontrar nuevos recuerdos, detalles perdidos y olvidados se convertían en un juego, algo así como un

entretenimiento morboso en donde los momentos felices junto a su hombre (en casa), se medían por cuál causaban más dolor y nostalgia al alma.

Y la variedad de momentos era impresionante. Con los días, incluso había repetido recuerdos hermosos ya sufridos y extrañados, validándolos para nuevos duelos.

Fue esa tarde en el sillón, que extendió su mano a Heidi, y acariciándola volvió al pasado.

- Era tan hermoso. Con su traje... su peinado bien, bien engomado. Era muy serio. Y las chicas lo adoraban por eso. Nosotras no éramos como las de ahora. Éramos más discretas, bien cubiertas, con esos hermosos vestidos. Hoy andan con esos collares, esos teñidos, y esos aros en la cara... - y del techo proyectista de imágenes, se estiró a un lado hasta encontrar los ojos de su perra. – Sabés qué? El uso del pantalón en la mujer fue el origen del fin de la feminidad. No lo ves así?

Heidi tan sólo la miró.

Amelia regresó su mirada al techo.

- Cuando lo presenté en mi familia, le preparé pollo al horno con papas. Después de cenar, el galán de Emerindo se levantó para declarar su amor a mí. Se hizo el gracioso diciendo que su estómago no le dejaba mentir...

Irónicamente, el matrimonio estuvo ligado únicamente a través de la cocina y todo lo que a ella concerniera.

CUARTO FACTOR

Habían pasado ocho meses, y la Sra. Sésamo parecía estar con buenos ánimos. Salía a la calle más seguido, se alimentaba bien, las persianas de su casa estaban abiertas de la mañana hasta el anochecer. Y jamás se la oyó hablar de la muerte de su marido.

Por lo contrario, Heidi estaba delgada, perdía gran cantidad de pelo, y de vez en cuando padecía unos ataques de ahogo donde tosía con crudeza.

Lo cierto era que Amelia estaba bien gracias a la terapia psicoanalítica que el can ofrecía: si Sésamo atravesaba algún momento de tristeza, o si extrañaba a Emerindo, enseguida se refugiaba en el sillón a recitar todo su bagaje de sentimientos a la pobre perra.

Fue en una de esas salidas de compras, que se cruzó con un cartel en la vidriera de una panadería, el cual rezaba la bruta leyenda: "Regalo cachorros. Son lindos y están curados de las pulgas y los gusanos de la mierda. Estoy todo el día." Como broche oro, la frase "El timbre no anda. Golpee fuerte."

- Acá regalan perritos? – dijo la anciana al hombre que atendía la puerta.

Se trataba de un obeso en musculosa y calzoncillos largos con detalles de corazones rojos. El poco pelo que crecía en su cabeza salía de su nuca, nariz y oídos. El resto del cuerpo era una maraña de rulos. Evidentemente tenía un problema hormonal.

- Cuántos quiere?! – preguntó amargo, con el tono prepotente de un sordo-necio. Mascaba la colilla de un habano y sus labios estaban marrones.

- Me gustaría verlos. – dijo la mujer.

- Entonces pase! – escupió en saliva y aliento.

Dentro, caminaron por un comedor repleto de cajas apiladas, a tal punto que aquello parecía un laberinto.

- Perdone el desorden! Me dedico a seleccionar mercadería y empaquetarla! Trabajo para una empresa de pañuelos de tela!

- Uno se puede perder acá dentro.

- No se preocupe! Usted camine para el Norte. En el Norte está el patio.

El Norte y por fin llegaron a un mugroso patio de paredes descascaradas y piso de cemento. Debajo de una escalera a una terraza, se formaba un rincón donde se guarecía un canasto con perra. El animal era mediano, raza perro y de un bonito color amarillento.

- Ahí están! – se emocionó la vieja.

- Si, pero elija lejos! Mire que la madre muerde a todos los que le tocan a los cachorros. Resulta que un día una cría estaba meta llorar, tanto que me pudrió y le apagué el cigarro en la trompa! Se murió en cinco minutos. De ahí en más la perra se puso loquita.

Amelia retrocedió ofendida, alzando la voz:

- Cómo va a hacer semejante cosa?! Usted está loco?! Le reventó las fosas nasales!!

- Se nota que usted lee! – festejó el demente - Un amigo que también lee mucho me comentó lo mismo. Si los dos lo dicen, es porque tienen la razón. Yo jamás me imaginé... pensé que los perros aguantaban al dolor y las lastimaduras.

Por lo visto la realidad no funcionaba muy bien en aquel hombre.

La mujer se ofendió aún más por aquellas palabras, y avanzó al canasto.

- Me los llevo a todos, incluyendo la madre!

- La madre no porque muerde...

Y no terminó de decirlo, cuando la mujer alcanzó la manija de mimbre, y la hembra dio un salto y se le prendió de la mano.

Un alarido.

El obeso corrió en búsqueda de algún objeto contundente para lograr que el animal suelte la mano de la anciana. Descubrió una tabla a un costado. La tomó, corrió hasta la perra, y se la partió en la cabeza.

- No se suelta!! – gritó el hombre, y corrió en búsqueda de algo más potente. Encontró un tridente para el asado.

Regresó y se lo clavó en las costillas.

- Tomá, perra puta!!!

- La va a matar! – dijo la dolorida anciana, aún prisionera de las fauces.

- No me queda otra que ir directo al cerebro. Leí en un libro que se puede entrar desde el ojo.

Entonces el tridente se clavó de lleno en el globo ocular, siguió camino entre los tejidos, y se abrió paso hasta el cerebro. El metal dividió los circuitos neurales del can, y éste murió.

Una vez libre, Sésamo cruzó la cara del hombre de una cachetada.

- Pero qué mierda hace?! Le salvé los dedos!! – y con pose altanera señaló en dirección a la salida oculta detrás el laberinto. – Ya mismo la quiero con las patas fuera de esta casa! Y se va con todos los cachorros y con la perra que tanto quería llevarse! Usted se hace cargo del velorio!

Fue así que Sésamo atravesó el camino de cajas, abrió la puerta, salió a la calle, caminó hasta su casa, llegó con la canasta, enterró a la madre en el jardín trasero, y se puso a alimentar a los huérfanos.

- Bonitos míos... - les dijo por la noche, a todos ellos desparramados por el comedor. – Yo soy su mamá y les doy la bienvenida! Esta fue la casa de mi marido, y de él les quiero contar...

Estaba parada en el sillón, y recitaba moviendo los brazos.

Luego, la anciana se sentó en el sillón y algunos perritos se le acercaron.

Imprevistamente, el primer recuerdo surgió. Y fue cuando Heidi suspiró en paz, descansando bajo la cama.

QUINTO FACTOR

Regresaba de hacer las compras, y cargaba una pesada bolsa de llena de alimento para perros, un poco de pan, y algo de fiambre.

Al doblar la esquina, ya los escuchaba ladrar.

Sus bellos cachorros ya tenían cinco meses y se habían convertido en una gloria que exigía mucho alimento, cuidado y limpieza. Se lo merecían: hacían el trabajo que Heidi supo hacer en soledad. Los nobles animales se turnaban para las escuchas de recuerdos, a la vez que la perra recuperaba pelo y vigor, escabulléndose entre la jauría

Sésamo se detuvo a metros de su casa, y miró a la vereda enfrente: un perro marrón, tamaño medio, estaba olfateando unas bolsas de basuras.

- No puedo dejar que... – balbuceó.

Supo cuál era su misión, sintiéndose heredera del bien entre tanta gente desalmada, y se cruzó a socorrerlo.

Al principio, el animal le temió, pero en cuanto descubrió que aquella mujer no era como los odiosos, le lamió la mano y se dejó sobar el lomo.

Amelia abrió una bolsa de alimento balanceado, y roció una baldosa.

- Pero qué es lo que está haciendo, Amelia? – le dijo la señora Celia, apareciendo por la puerta de la casa – Me está trayendo un perro a la vereda!

- Ya estaba acá. Le doy un poco de comida para...

- Pero no lo haga acá! El bicho me va a cagar todo el árbol. Aparte, va a creer que acá le damos comida y va a venir todos los días.

- No hay problema. Lo llevo a mi vereda. – dijo tajante.

Juntó la comida en un puñado y cruzó con el perro tras sus pasos.

- Comé bien... Despacito que te vas a atragantar... Querés más?

Una hora después, el perro ingresó a la casa, Sésamo lo apodó Jony, Jony se hizo un lugar en la jauría, y junto a Heidi engendraron ocho cachorros.

SEXTO FACTOR

Cuando Heidi parió, y murió tras una semana de intensa agonía, ya se podían contar quince perros en la casa.

Amelia descubrió que los gastos del mes habían crecido, y decidió restringirse en sus comidas, ropa y productos de higiene, para dedicar el dinero a una mejor calidad de vida de las mascotas.

- Todas las hembras van a ser castradas! Es para el bien de todos. Así que les pido que me disculpen y no se enojen cuando las tenga que llevar a la veterinaria.

Sésamo estaba parada en su sillón, como acostumbraba, mientras que un manojito de perros caminaba de un lado a otro, sin sentido. La mujer llevaba puesto un vestido desde hacía días, y el tono de su voz declaraba que algo ya no funcionaba bien.

El hecho de cuidar animales le había vuelto el alma al cuerpo: las responsabilidades como un breve monólogo que calmaba sus memorias.

Pero el dinero escaseaba.

En la época que los perros fueron quince, la anciana adelgazó quince kilos, olvidó de cocinarse y se mantuvo a sándwiches de fiambre. La casa se había convertido en una mancha de orín pegada a la otra. Ni hablar de la interminable cantidad de mierda, que con su olor alcanzaba las hendijas de la ventana para instalarse en la vereda.

- Que olor a podrido! – le dijo una niña a su madre, mientras pasaban caminando por la vereda de la casa de Sésamo.

- Tapate la nariz. Y callate que la vieja te puede escuchar!!

SÉPTIMO FACTOR

Un año después de la muerte de Emerindo, la Sra. Sésamo se encontraba revolviendo la gigantesca olla de arroz que cocinaba para sus veintitrés perros, cuando se detuvo en algunos de los mirones que aguardaban la cocción.

Hacía un buen rato que la mujer atravesaba varios pensamientos extraños, y quiso ordenarlos en voz alta:

- Emerindo era un buen hombre... nunca me faltó el respeto, nunca me pegó. Todas las noches, llegaba del trabajo y me daba un beso en la frente, se sentaba a comer con el noticioso.- Suspiró y continuó. – Me pedía de hacerlo una o dos veces por semana. Y aunque dolía, nunca me quejé. Una mujer tiene que complacer a su hombre en todo sentido.

- Nunca disfrutaste? – le preguntó la perra Arco Iris. Últimamente algunos perros se habían atrevido a hablar.

- Disfrutarlo? Acabo de decir que me dolía?

- Eso por te frotaba... Nunca escuchaste hablar del clítoris? – insistió la perra. – Es esa bolita que tenemos las mujeres...

- Pero, qué estás diciendo?!... como sea que te llames... Es repugnante!

- No te hagas la distraída. Si más de una vez sentiste esa cosquilla, ahí abajo, y no dijiste nada. Todo por vergüenza a quedar como una de esas putas cabareteras. Aparte, a quién se lo ibas a comentar? A la amargada de tu mamá? Con las otras hembras del barrio?

Amelia se sintió arrinconada. Se inclinó y comenzó a llorar.

Arco Iris se paró en dos patas, la señaló y continuó:

- El tema es que pertenecés a una generación de mujeres sometidas, que se pasaron toda la vida en casa, cocinando, lavando y haciendo de sirvienta de maridos fríos y grotescos, que lo único amable que podían hacer en la cama era tirarse pedos con el culo apuntando para el otro lado.

La anciana cayó de rodillas al piso.

- Por qué me lastimás así?! Si yo te cuido... los cuido...

- No por eso vamos a negar que te pasaste la vida deseando usar jeans y nunca te diste el gusto. – agregó Colita, a la distancia, atenta a la discusión.

Los perros tenían la razón.

En el llanto de Sésamo se tradujo el reconocer haber sido una clásica ama de casa, por siempre sufrida, escondida en la cocina o detrás de la bolsa de los mandados.

Arco Iris, Colita y Emerindo II se acercaron hasta ella.

- Nosotros te vamos a ayudar. Vamos a hacer un esfuerzo para comer menos y que te puedas comprar ese jean que tanto querés. – dijo uno de ellos.

- Gracias, mis chiquitos... Gracias...!

Y mientras les rascaba sus lomos, volvió a sentirse bien.

OCTAVO FACTOR

Dos años después, Amelia estaba sentada en el sillón, despatarrada.

El calor era insoportable. Según la radio, la sensación térmica era de 34 grados. Pero en aquella casa cerrada parecía de 45.

Estaba en corpiño, y vestía sus viejos jeans llenos de mugre: desde que los había comprado, jamás los había lavado.

Se ventilaba con una revista de 1983, que en su tapa figuraba el titular “Hombre Gato En Tammerlane: Misterio O Realidad”.

- Hace mucho... mucho... calor... - balbuceó Sésamo.

No comía hacía días, y por lo único que se había acercado a la cocina fue para preparar la comida de sus 28 perros.

Como había perdido el gusto de salir a la calle, había almacenado cientos de bolsas de arroz que compraba el mismo día que cobraba la jubilación. Tenía la heladera llena de malos recortes de carne, huesos y picada común. Finalmente, todos los platos de la alacena se habían mudado al piso para cubrir el servicio de “hotelería” que ofrecía la casa.

Amelia se puso de pie y pisó mierda de Popi.

- Dicen que es... suerte... - dijo débilmente, y se dirigió al lavadero.

Caminaba encorvada entre el resplandor, tambaleándose. Su debilidad como anciana había crecido con el sofocamiento.

Tomó la escoba completamente desgastada, y salió a la calle.

Mientras intentaba barrer las hojas invisibles, dos jóvenes de los de siempre, detuvieron sus bicicletas a la altura de la casa de la vieja loca.

Sonrieron.

La Sra. Sésamo alzó su mirada y los descubrió con los brazos dispuestos a disparar.

- Hijos de puta!! Me los voy a comer crudos! Putos, putos, hijos de un puto, bien puto! – gritó incoherentemente.

Los muchachos lanzaron su cargamento de piedrecillas coloradas recolectadas en la plaza, y tras bañar la vereda y cuerpo de la anciana, pisaron los pedales y salieron a máxima velocidad.

La mujer pensó en la noche de bodas con su marido, recordó la plaza, tosió un poco, tuvo frío, tuvo calor, recordó a los muchachos, gritó malas

palabras al aire, creyó que le chistaban, se enjuagó las manos con agua de la zanja, se mojó las mejillas, y regresó a su casa a los tumbos, olvidando la escoba en el cordón.

Cerró la puerta y supo que algo no marchaba bien. Los últimos días habían sido una extraña secuencia de momentos relajados, olvidables, con recuerdos pasajeros y Emerindo bailando en su memoria.

El fuerte olor a heces y orina, mezclado con el olor a pelo canino, habían sumado el abombamiento en su cerebro, logrando que todo se sienta esponjoso y denso.

Pasó junto a una perra que se alimentaba de su placenta, mientras sus cinco crías mamaban de sus tetillas. Tropezó con uno de los tantos perros sin nombre, y aterrizó boca abajo en el piso de su cuarto.

Chifonier lamió el rostro de la anciana y ésta se puso de pie valiéndose de la mesita de luz.

- Lo que pasa es que hay que mirar por la ventana para saber cuando vienen del lugar con la bolsa que tengo que guardar en el baño, envuelta en papel higiénico bien, bien absorbente. – dijo desenfrenada, sin sentido.

Avanzó contra la pared hasta estrellarse.

Cuando miró al frente, descubrió el fantasmal rostro de su marido. Tenía el tamaño de cinco cabezas, era de un color grisáceo y la miraba fijamente.

Amelia retrocedió asustada, atajándose, sintiendo una fuerte presión en su frente. Tropezó con la cama y cayó sentada.

- Yo no te hice nada! Por qué me aparecés en la pared?... Vos me querés volver loca!

Oyó un golpe en la puerta de calle. El golpe retumbó en su cerebro.

- Quién es?!! No ven que estoy ocupada hablando con Emerindo?!!

El golpe se repitió y se perdió en un hueco agudo.

Bien podría ser imaginario, o bien podría ser real. Bien podría ser vecino preocupado, u otro joven violento. O del Hospital.

- Que me busquen mañana que voy a estar en el comedor corriendo esa mesa de mierda que ocupa espacio para juntar las sillas que se sientan en la alfombra... porque esa gente sabe el sentido de lo que escuchan...

Y cayó desvanecida.

La mañana siguiente, aferrada al portarretrato con la foto de su marido, la Señora Sésamo amaneció muerta.

NOVENO FACTOR

Once días después, Celia se paró ante la casa de Amelia y le preguntó a su vecina Serafina, parada en el umbral de al lado, qué se sabía de la vida de la anciana.

- Hace días que no la veo. La última vez fue cuando salió a barrer la vereda en corpiño.

- Sí, me acuerdo de ese día. Te diste cuenta en lo que terminó?! No sé entiendo cómo! – se indignó.

- Y... siempre fue una loca. Nunca hablaba, nunca salía. Cuando murió el marido apenas asomó un poco más...

- ... para juntar perros, salió. Para eso salió. – concluyó Celia.
- Qué hacemos?
- Vos llamá a la ambulancia que yo llamo a la policía y los bomberos. Ambas aves de rapiña regresaron a sus nidos.

Tres horas después, los bomberos derribaron a hachazos la puerta de los Sésamo.

Cuando abrieron paso a la luz, algunos perros se lanzaron a correr a la calle, muchos de ellos flacos, débiles de hambre.

Entonces el olor destrozó las narices de los policías, los enfermeros, los bomberos y los vecinos que observaban el show.

Como pudieron y quienes quisieron, llegaron al cuarto y se encontraron con el cadáver de la vieja pudriéndose en su lecho. Algunas de sus partes devoradas habían sido devoradas por sus fieles compañeros.

Un policía desenfundó su arma cuando oyó un gruñido desde algún rincón de aquel lugar lleno de perros. Apuntó para todos lados, y dijo al aire:

- Que los vecinos salgan ya mismo! La Ley y la Salud se van a encargar de ella.

Pero... quién se había encargado de ella durante tanta soledad?

El haber contado con la ayuda necesaria en el momento indicado, fue el único factor que Amelia no atravesó, para vivir el obvio proceso hasta el trágico final...

... un final repetido que tienen todas las locas de barrio.

FIN